

en humildad de corazón al divino Esposo el bien que el Señor se digna de obrar por medio de ellas, y para que todas se afanen á la vez con el auxilio de la divina gracia en proceder por la senda de la virtud y en la obra laboriosa de su vocación. Nos pedimos á Dios que les conceda la abundancia de sus gracias, y Nos encomendamos á sus oraciones. Finalmente les otorgamos de todo corazón, así á ella como á sus hijas y á las alumnas confiadas á su cuidado, Nuestra paternal y apostólica bendición.

“Dado en Roma, en San Pedro, á 1º de junio de 1833, año tercero de Nuestro pontificado.”

Ya en 3 de junio, un día después de haber recibido el breve, la Madre Barat se puso en camino con dirección á Francia pasando por Parma, Turín y Chamberí. En la primera de estas tres ciudades la detuvo mucho tiempo la que fué emperatriz de los franceses, María Luisa, que había determinado fundar una casa del instituto con pensionado para hijas de la nobleza; y pidió á la Madre Barat que emprendiese esta obra, para la cual ofrecía un convento al lado de su palacio. La Madre Barat vino en ello para el año próximo con dos condiciones: que á las antiguas religiosas de aquel decadente monasterio que aun quedaban en él, se les asegurase alguna pensión con que vivir; y que junto al pensionado hubiera una escuela de niñas pobres encomendada asimismo á las hermanas del Sagrado Corazón.

En Chamberí hizo la Madre Barat sus ejercicios bajo la dirección del mortificado sacerdote de la misión señor Favre, el cual se quedó tan prendado

del espíritu de penitencia de la Madre Barat, que la tuvo y reconoció por santa, pues que “le gustaban las obras de penitencia tanto como á otras personas el azúcar”.

Antes que la Madre Barat partiera de Chamberí, notificó á todas las hermanas por medio de circular la apertura del quinto consejo general que había de celebrarse el próximo día 29 de septiembre en París, y juntamente el breve de Su Santidad de 1º de junio, en el cual veía ella nueva ocasión para crecer en celo; en tiempos, decía, tan agitados como los nuestros, este celo es más que nunca necesario á todos los que aman á Dios. “Si hubierais visto”, escribía, “las penas que sufre el Vicario de Jesucristo, sin duda os encenderíais en celo por vuestra propia perfección.”

La Madre Barat visitó asimismo muchas casas en Francia y la de Montet, y el 12 de septiembre regresó á París con gran contento de las hermanas de toda la casa, que dos años antes la habían visto partir enferma y medio coja, y ahora la veían entrar sana y llena de vigor.



#### CAPÍTULO NOVENO.

#### CONTRADICCIONES DENTRO Y FUERA.

LOS años que ahora siguen de la vida de la venerable Madre Barat, forman una cadena no interrumpida de trabajos, viajes, fundaciones, etc., cosas todas ellas consiguientes al oficio de superiora general de una Sociedad que en poco tiempo tomó tanto



vuelo dilatándose por toda la redondez de la tierra; cuyos particulares sucesos y circunstancias, aun reducidos á breve compendio, exceden de los límites de nuestra narración. Por nuestra parte, en lugar de seguir á la Madre Barat paso á paso y de casa en casa, queremos referir una época penosa de su vida que coincidió con su actividad en lo exterior tan extendida; después dar una idea sumaria del aumento y extensión de la Sociedad, y por último bosquejar brevemente el modo de gobernar la venerable Madre, los últimos años de su vida y el cuadro interesante de sus virtudes.

\* \* \*

Estamos ahora en la conclusión del invierno, 1838—39, tiempo en que había de celebrarse la sexta asamblea general. La quinta, que se celebró en el otoño de 1833, no introdujo ninguna reforma substancial; únicamente se había tratado en ella de “inquirir los medios de formar á las alumnas en la sencillez, en el orden y en la economía”. Creyóse que no se debía pensar en tocar á la regla aprobada en Roma; en cambio exhortóse á todas con el mayor encarecimiento á su puntual observancia; el plan de la enseñanza fué únicamente lo que, con el auxilio del Padre Loriqueu, fué de nuevo estudiado y perfeccionado.

Ahora por el contrario (1839) las consultoras tenían en estudio un tema del todo diferente. Desde el consejo general de 1815, en que se dió á los estatutos su forma determinada y estable, habían ya

transcurrido veinte y cuatro años; entonces sólo contaba seis casas la Sociedad del Sagrado Corazón, y ahora tenía cuarenta. Con esta difusión siempre en aumento, sobre haberse hecho harto penosa la carga que hasta allí había pesado casi únicamente sobre la Madre Barat, para los hombros de una sola persona, debiendo pensarse por tanto en aliviarla, en otros muchos puntos importantes la experiencia había atesorado datos y lecciones que convenía considerar con todo reposo.

Entre las hermanas más celosas y competentes había muchas en quienes era ya antigua la opinión, que se debían rehacer completamente los estatutos conforme á la regla de San Ignacio. Contra esta atrevida opinión dijo ya en 1836 el cardenal-vicario de Roma Odescalchi á la Madre Causans: “Miradlo bien: lo mejor suele ser enemigo de lo bueno; en el plan primitivo de los fundadores de órdenes religiosas está impreso el sello del Espíritu Santo, y es cosa peligrosa el variarlo.” La misma Madre Barat había dicho con su previsión ordinaria: “Créese generalmente que las mujeres pueden ser dirigidas según las mismas reglas que los hombres: ya nos hablará sobre esto el porvenir.”

Otra cuestión, que mayor calor todavía excitó en las hermanas, dividiéndolas en dos diversos pareceres, fué la de si la superiora general había de tener su residencia fija en Roma, ó si convenía que la tuviera en París, donde hasta entonces la había tenido. Muchas razones militaban por lo primero: París venía siendo desde hacía mucho tiempo el foco más peli-



groso de la revolución; Francia conservaba todavía el fermento del jansenismo y del galicanismo, y todo lo que de Francia procedía, despertaba mucha desconfianza en los demás pueblos católicos; desconfianza que ya se había manifestado con frecuencia en los prelados de la Iglesia cuando se trató de fundar monasterios en el extranjero. Por último, hacía ya algunos años que entre los católicos de todo el orbe se sentía la necesidad de que fuese más íntima la unión de los hijos de la Iglesia con la silla de Pedro. Pretendían pues muchas hermanas con gran empeño, que el asiento de la superiora general y la casa matriz de la Sociedad fuesen trasladados á Roma. De este parecer eran, no sólo muchos obispos, entre ellos el insigne obispo de Langres Monseñor Parisis, sino también muchos de los mejores y más avisados amigos de la Sociedad, incluso el hermano de la superiora general, Padre Barat, los Padres Rozaven, Loriguet, y el más devoto y antiguo amigo del instituto, Padre Varín.

Muchos otros obispos sin embargo, y con ellos muchas hermanas francesas, temían todo género de conflictos con la autoridad temporal y la espiritual en Francia si la superiora general abandonaba el país en que se había formado la Sociedad, donde contaba el mayor número de sus casas, donde su actividad había sido principalmente bendecida, y de donde habían afluído á ella la mayor parte de sus miembros.

Cuanto á la Madre Barat, atraíala á Roma su amor á la Santa Sede; pero ateníase absolutamente al pen-

samiento de Gregorio XVI, y ya antes había respondido á tal consulta diciendo: “El Padre Santo piensa acerca de esto que, dadas las presentes circunstancias, lo mejor es que la superiora general siga de asiento en Francia, y en este dictamen insiste á despecho de todas las objeciones en sentido contrario.”

Todos estos puntos tenía que decidir la sexta asamblea general; mas aun después de haber dejado á París en 26 de febrero de 1839, por no ser el lugar conveniente para dictar esta solución, la Madre Barat no sabía adónde convenía que se reunieran las hermanas consultoras. Entretanto sin duda hubo de presentir que se acercaba una época temerosa. “Nuestra Sociedad”, decía, “está en vísperas de tomar una grave resolución. ¡Quiera Dios que de esta crisis salga con nueva fuerza, para lo cual hemos de acudir con instancia al Sagrado Corazón de Jesús!”

Primero se encaminó á Montet en Suiza, y allí pensó que tuviera lugar la asamblea; pero siguiendo el consejo del Padre Rozaven, se dirigió á Roma, adonde llegó el 21 de abril y adonde citó á las consultoras para principios de junio. Por las cartas que entonces escribió á las hermanas francesas, se ve cómo procuraba tranquilizarlas respecto de su ausencia de Francia, diciéndoles que la verían con ellas de nuevo, y añadiendo que luego que se arreglaran las cosas de la Sociedad, allí mismo se consagraría sin intermisión á sus fieles antiguas compañeras.

La Madre de Gramont y algunas otras consultoras francesas—éstas por sus muchos años, aquella por las graves circunstancias políticas de París—no fueron



á Roma, sino estuvieron representadas por otras, entre ellas la secretaria general Madre de Galitzín, mujer extraordinaria, de la cual se ha dicho que "tenía un carácter de hierro y un corazón de oro". Ésta con la Madre de Limminghe y la maestra de novicias de Montet, Madre Coppens, figuraba en primera línea entre las que pertenecían al partido de las que estaban por la residencia en Roma.

En 10 de junio de 1839 celebraron las doce consultoras la primera sesión. Las primeras resoluciones fueron acordadas por unanimidad: la Sociedad debía dividirse en provincias, al frente de cada una de las cuales habría una provinciala, que estaría bajo la superiora general. Establecieronse además normas fijas para la renovación del "consejo de las doce", al cual pertenece la elección de esta superiora.

Para todas estas cosas habíanse tenido en cuenta provechosamente en el consejo las constituciones de San Ignacio; pero muchas hermanas, y al frente de ellas las Madres de Galitzín y de Limminghe, querían á toda costa poner estas constituciones, cuanto fuera posible, en lugar de las anteriores, y obtuvieron que cuarenta y seis puntos de la antigua regla puesta por los Padres Varín y Druilhet fueran suprimidos ó variados: ya no había rezo común en coro; el tiempo de probación eran diez años; variación ó reducción del tiempo señalado al oficio de superiora local, etc., etc. La asamblea general no había ya de convocarse por la superiora general conforme á determinada regla, sino según lo exigiera la necesidad. Estas nuevas resoluciones, denominadas *decretos*, ha-

bían de ser sometidas al Padre Santo é incorporadas después á las constituciones en calidad de apéndice.

Tras esto decretóse resueltamente que en Roma había de residir la superiora general. Las observaciones de la Madre Barat, quien, por tratarse de su persona, las hizo con gran recato, fueron poco atendidas. La misma Madre se lamentó después de no haber manifestado con más claridad y denuedo su sentir.

El 5 de julio fueron elegidas las asistentas generales, y el día 8 de septiembre la Madre Barat comunicó oficialmente "los decretos" á la Sociedad.

Al punto sobrevinieron las contradicciones y se hicieron oír las quejas dentro y fuera de la Sociedad. El Padre Varín fué el primero que levantó la voz, y cierto como quien velaba por que se guardase lo que desde el principio fué tenido por fin principal de la Sociedad, es á saber: la glorificación del Sacratísimo Corazón de Jesús. La Madre Galitzín se había permitido borrar en la redacción de los decretos las primeras palabras, que expresaban el respeto al divino Corazón, para poner en lugar de ellas aquella otra fórmula de San Ignacio: "Su fin es consagrarse á la mayor gloria de Dios." El Padre Varín escribió por dos veces á la Madre Barat sobre esta precipitada alteración de la primitiva idea fundamental de la Sociedad, idea inspirada y con solicitud amorosa mantenida por espacio de treinta y nueve años; y esta misma Madre se lamentaba del giro que habían tomado las cosas, aunque sin poder oponer por entonces un dique contra aquella impetuosa corriente.



Muchos Padres de la Compañía de Jesús estaban por los decretos, pero otros pensaban de otro modo. El Padre Renaud, provincial de Francia, se expresó acerca de esto diciendo que la regla de San Ignacio sobrepujaba las fuerzas de la mujer; y el Padre Roothaan, general de la misma Compañía, llegó á temer que no sólo sobre la Sociedad del Sagrado Corazón, sino también sobre la Compañía vinieran conflictos de toda clase por parte del gobierno si la superiora general no se quedaba en Francia: así fué que prohibió absolutamente á los Padres que se mezclasen de modo alguno en este negocio.

Pero las mayores dificultades de fuera contra los decretos vinieron del episcopado, cumpliéndose lo que había anunciado un amigo muy sincero de la Sociedad del Sagrado Corazón—el arzobispo de Besanzón Monseñor Mathieu, confesor que había sido de la casa de París—en un extenso escrito dirigido preventivamente á la Madre Barat. No sólo mostraron su disgusto sobre este punto varios obispos, tomados de preocupaciones galicanas, porque se emancipaba de su autoridad una congregación que había florecido en sus diócesis, para ponerse bajo la exclusiva “dirección de Roma y de los jesuitas”, sino seis de entre ellos, al frente de los cuales el piadoso arzobispo de París Monseñor Quelen, acudieron á la Santa Sede en queja contra el instituto.

El instituto mismo se dividió en dos bandos: las más de las casas de Francia se rindieron sin oposición ninguna á los decretos—las extranjeras con entusiasmo—, pero de ellas cuatro, y en primer tér-

mino la que hasta entonces fué matriz, la primera casa en París con su respectiva superiora, la Madre Eugenia de Gramont, mujer de grandes talentos, de mucho mérito y valimiento, no quisieron someterse. Á pesar de serle tan cara la Madre Barat, y aun precisamente por serlo tanto, la Madre de Gramont se resistía ante todo al solo pensamiento de que la superiora general fijase su residencia en Roma. Así se explica que la Madre Barat por un lado, y de otro la Madre de Gramont con su maestra general, distinguida como ella y del mismo sentir que ella, llegaran á conocer por experiencia, “cuán recia cosa es haber de sufrir de parte de aquéllos mismos á quienes más amamos” (Madre Barat).

En las cartas de la Madre de Gramont se manifestaba la inquietud que en vano se esforzaba á calmar en las suyas la Madre Barat. “Verdaderamente”, escribía ésta á aquélla, “os apesadumbra demasiado lo de mi estancia en Roma. Esto ha de ser como un ensayo á que yo misma he de renunciar en el punto en que se le convenza de perjudicial á nuestra Sociedad.” Y á la maestra general de la casa de París, la Madre d’Avenas, escribía la sierva de Dios: “¿Se os figura que quiero yo haberme arbitraria y despóticamente sin aconsejarme de mis hermanas? ¿que no me plegaré de buen grado á otro sentir que se me haga ver que es el mejor? No, ciertamente no: no fué nunca tal mi condición, ni ese es ahora mi propósito.”

Pero aquel tiempo fué para la Madre Barat tiempo “de esperar y de callar”, no ciertamente de obrar, pues de ninguna parte recibía luz ninguna: sólo la



experiencia podía decir lo que en los decretos se encerraba; entretanto los consejeros habituales guardaban silencio aun en la misma Roma. El cardenal Pedicini, protector oficial de la Sociedad, era favorable á los decretos; en cambio el cardenal Lambruschini, nuncio que había sido en París, y por tanto más conocedor de lo de allá, estaba en contra; el Papa mismo guardaba reserva, y no declararía su sentir mientras los tales decretos no fuesen sometidos á su juicio <sup>1</sup>.

En estos años difíciles la Madre Barat se pareció como dechado de virtud en razón de su festiva y amorosa paciencia, del exquisito espíritu de justicia, que no sufría se atribuyera á nadie la culpa de aquella penosa discusión, antes en cuantos tomaron parte en ella, quería que se reconociera el deseo del mayor bien; en razón también de su imperturbable confianza de que Dios convertiría en salud aquella prueba; y finalmente en razón de la humilde convicción, que la viña del Señor había menester de una dolorosa operación, conviene á saber, de la expiación de las faltas propias y de las ajenas.

<sup>1</sup> *Nota.* La Madre Barat, atendiendo al buen deseo de la Madre de Gramont y de otras hermanas, resolvió someter los decretos durante tres años á la prueba de la experiencia. Esta sabia providencia pareció debilidad á la Madre Galitzin y á otras, y aun tratóse de disuadir de ella á la superiora general; pero ésta se mantuvo firme, y muchas veces decía: "Si el Señor quiere justificarme, yo lo dejo en sus manos." Y comunicó esta resolución en circular de 19 de noviembre de 1839 á todas las casas de la Sociedad.

Ni aun con el arzobispo de París, que hacía años estaba hospedado en la casa del instituto en París, y que sin previo aviso á la Madre Barat había escrito al Papa y á los obispos franceses varias cartas contra los decretos, descubriéndose de esta suerte la falta de unanimidad en la congregación, tuvo dicha Madre ni una sola palabra amarga, como no la tuvo para la Madre de Gramont, si bien le escribió diciendo que hubiera debido anunciar á aquel venerable prelado el dolor que con eso había ella de experimentar. ¡Cuán sensible fué sin embargo á esa notoriedad! "Hémonos convertido en espectáculo," decía con pena en octubre de 1839; "en estos momentos los ojos del mundo entero están sobre nosotras"; y poco después en otra carta: "Pedid que estos años de aflicción reparen cumplidamente las faltas de mi vida pasada."

El arzobispo de París murió en 31 de diciembre de 1839 piadosamente en Dios. Su sucesor, Monseñor Affre, que nueve años después había de morir como buen pastor en las barricadas de París (1848), dejando memoria inmortal de sí, fué desgraciadamente adicto al galicanismo, y vino á agravar la situación de la Madre Barat y de las hermanas. Esta misma Madre dejó su residencia de la *Villa Lante*, tercera casa del instituto en Roma, sólo para visitar las otras casas del Sagrado Corazón, y junto con esto para apaciguar los ánimos excitados. Con este intento la incitaba el Padre Varín á que fuese principalmente á París, adonde llegó finalmente el 29 de septiembre de 1840. Allí luego al punto dió principio á los ejercicios que se hacían



en el noviciado, y después fué á la otra casa, al frente de la cual estaba la Madre de Gramont, y adonde los decretos no habían sido admitidos todavía.

Su presencia y sobre todo sus oraciones fueron muy provechosas. Á menudo se recogía en un estrecho y obscuro oratorio, y allí, próxima al altar, pasaba largas horas orando y derritiéndose en llanto. Las hermanas deponían poco á poco sus preveniciones, y aseguraron que no se habrían negado á recibir los decretos si ella misma los hubiera traído consigo. Visitó con feliz éxito las casas del Norte de Francia, de que era cabeza en calidad de provinciala la Madre de Gramont, y en agosto del año siguiente (1841) escribió á Roma condensando el resultado de sus experiencias en estas palabras: "Creedme: con dulzura y paciencia se consigue más que con rigor y violencia."

Esta tranquilidad empero no duró mucho, y aunque volvió á Roma en noviembre, todavía le aconsejaron muchas personas amigas en el verano de 1842, que tornara á París. Grande era la perplejidad en que estaba, y dificultoso en aquella situación tomar una resolución conveniente, pues sus consultoras y aun los altos dignatarios de la Iglesia podían hacerle presente su obligación á observar los decretos y permanecer en Roma hasta el próximo consejo general. ¿Qué hacer pues? En aquel trance una palabra de Gregorio XVI vino á darle aliento. El Padre Santo le mandó á decir por medio del cardenal Lambruschini, "que ella debía residir de un modo estable en Francia, sin perjuicio de ir de vez en cuando á Roma á visitar

aquellas casas y para mantenerse unida en relación inmediata con la Santa Sede"<sup>1</sup>.

Transcurridos los tres años de la prueba á que hubieron de ponerse los decretos, era necesario un nuevo consejo general que juzgase de ellos. Siguiendo el deseo del cardenal Lambruschini, la Madre Barat llamó á las consultoras á Lyon, adonde el cardenal arzobispo de aquella diócesis, Monseñor de Bonald, la había invitado á ir, y adonde llegó la Madre Barat el 22 de julio de 1842.

Las hermanas que habían de componer el consejo, entre las cuales estaba la Madre Galitzin, que había vuelto de América, se juntaron en él; demás de las asistentas generales habían venido las provinciales y representantes de ellas con otras muchas; faltaba empero la Madre de Gramont, no habiéndose presentado por haberse opuesto el arzobispo de París á que fuera. Pero no se contentó con esto aquel prelado, sino desconfiado como era de ciertas órdenes religiosas, tuvo por ofensa inferida á él, que el consejo no se celebrara en París, y escribió á la Madre Barat, que reputaba "por ilegal y prohibía toda deliberación que se hubiese fuera del convento de París". Todavía escribió á los otros obispos en cuyas diócesis se hallaba establecido el Sagrado Corazón, dándoles noticia de sus quejas y de su actitud, y de ellos veintidós se pusieron de su parte.

La Madre Barat representó al arzobispo, pero inútilmente; acudió á Roma, aplazando entretanto la

<sup>1</sup> Noticia de la Madre Barat sobre su ida á Roma.



celebración del consejo, y bajo la dirección del Padre Barelle S. J., varón encendido en celo de la gloria del Corazón de Jesús, hizo en unión con las consultoras los ejercicios de San Ignacio. Ricos fueron estos en bendiciones: la necesidad de la paz, de la concordia y del amor para servir juntas en uno á Dios, y para conjurar los engaños y peligros que rodeaban á las hermanas, se vió entonces más claramente que nunca; y la Madre Galitzín, cuya voluntad propia había contribuído á que por dentro hubiera subido tanto la ola, en el ardor de su fe y en su noble generosidad se sintió compelida irresistiblemente á ofrecer á Dios todo lo que le quedaba de vida “para sufrir y morir” en calidad de víctima por el bien de la Sociedad. El Padre Barelle y la misma Madre Barat ratificaron este acto, que ella misma puso por escrito y autorizó con su firma.

Ante la actitud de tantos obispos franceses el mismo cardenal de Lyon manifestó que no podía consentir en que se tuviera allí el consejo general. Y como la respuesta oficial del Papa al arzobispo Affre de París y á la Madre Barat fuese que el ser tal arzobispo no le daba de modo alguno potestad de jurisdicción sobre la Sociedad, este prelado, lastimado sin duda, manifestó por carta á la Madre Barat el temor de que, por efecto de esta resolución, á él y á ella les sobreviniesen contradicciones de parte del gobierno, y puso el suceso en conocimiento del ministro de Cultos (Martín du Nord).

Ya antes la Madre Barat había dejado sin efecto la indicción del consejo, y las consultoras se habían separado unas de otras.

El ministro de Cultos respondió al arzobispo, que con la variación de las reglas aprobadas en 1827 por el Estado, la Sociedad había perdido el beneficio del reconocimiento oficial, y que si no se apresuraba á poner en vigor los estatutos primitivos, llegaría á ser disuelta, sus posesiones vendidas, y dedicado su importe á la beneficencia pública. El arzobispo dispuso que esta respuesta del ministro fuese enviada á la Madre Barat, que á la sazón estaba en Autún.

Ahora la pobre Madre Barat tenía también que haberse con el ministro. “Yo soy”, decía, “como el carro tirado de los cuatro animales en direcciones opuestas, de que habla el profeta.”

Viéndose privada de consejo, recibió la inesperada visita del arzobispo Mathieu, y siguiendo su parecer se volvió á París en 3 de noviembre. Allí empero, entre los que conocían el instituto, habían corrido voces contra ella, y los juicios adversos que se hacían de su gobierno, la confirmaban más y más en el que ella hacía humildemente de sí misma pensando además que podría conducir á la paz que otra religiosa ocupase su lugar, y que “á semejanza del profeta Jonás debía ella ser echada al mar para que se salvase la nave”. Juntábase á esto que sus asistentas no querían seguirla yendo ella á París, y que desconfiando enteramente del ascendiente del arzobispo decían que debían de protestar contra todo lo que se hiciera bajo la presión de este prelado. De otra parte profirióse alguna palabra amarga, incisiva, que debió de lastimar profundamente á la